

# La ciudad UNI VERSITA RIA

LUIS FERNANDO GONZÁLEZ

## Las ciudades universitarias en Medellín

Medellín no fue ajena al movimiento en torno a la arquitectura escolar ni al desarrollo de las ciudades universitarias, teniendo en cuenta que en la década de 1930 se plantearon diferentes iniciativas, comenzando, de manera curiosa y hasta paradójica por el momento histórico, con el desarrollo del proyecto para una universidad confesional como la Universidad Católica Bolivariana, entre finales de 1937 y junio de 1941, cuando se puso la primera piedra. También para mediados de 1940 se planteó la Ciudad Universitaria de Medellín, en la que se reuniría en un terreno de la jurisdicción de Robledo los edificios del “Liceo, anexo a la Universidad de Antioquia,





con dos pisos y todas las comodidades; el edificio del Instituto Pascual Bravo, el de la Escuela de Minas y otros destinados a la educación antioqueña”, con un concepto que al decir de los promotores institucionales tenía “muchísima semejanza con la de Bogotá”,<sup>1</sup> como para no poner en duda la influencia de la Ciudad Universitaria de aquella ciudad. Proyecto de ciudad universitaria que sería la obsesión del pintor, ingeniero, arquitecto y urbanista Pedro Nel Gómez, quien precisamente había ganado junto a Horacio Longas el concurso para el diseño de la ciudad universitaria bolivariana en 1939 pero

que no pudo desarrollar.

Gómez planteó a mediados de los años 1940 un plano regulador para la que denominó Ciudad Universitaria de Antioquia, en la que pretendía conectar mediante bulevares y paseos edificaciones dispersas de las diferentes instituciones ya implantadas o en construcción — las facultades de Minas, Agronomía y Arquitectura de la Universidad Nacional, el Liceo de Bachillerato y las facultades de ciencias químicas y de farmacia de la Universidad de Antioquia, o el Instituto Pascual Bravo—, dentro de un gran parque o jardín público de ochenta hectáreas que iría de Robledo al Occidente hasta la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia al Oriente, teniendo como eje el Cerro El Volador, en el que se incluía bibliotecas,

teatros al aire libre, campos deportivos, jardines y una gran arborización; pero, adicional a ello, el proyecto “pretendía dar forma al debate educativo regional antioqueño que venía en crecimiento en términos de ampliación de cobertura y enfoque, para contraponer al proyecto de Bogotá una propuesta orientada a lo politécnico”.<sup>2</sup> Pero de aquella concepción quedarían los proyectos puntuales y aislados, a los que se sumaría el que el propio Pedro Nel Gómez formularía del campus de la Facultad Nacional de Agronomía en 1947, cuyo primer edificio se comenzó a construir en febrero de 1948, en el que volvía a insistir en los jardines y la conexión con la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia y con el centro de la ciudad; hoy este campus es el eje de la Universidad Nacional, sometido a diversas intervenciones, especialmente entre finales de los años sesenta y principios de los setenta, las que se superpusieron al planteamiento inicial del maestro Gómez.

Pero será el proyecto de la Ciudad Universitaria de la Universidad de Medellín el antecedente más inmediato al campus de la Universidad de Antioquia, tanto por la contigüidad temporal, el tipo de planteamiento, la arquitectura y su materialidad, y, especialmente, por el grupo de arquitectos responsables del mismo. Este fue un proyecto que se inició en febrero de 1960, en el sector de Los Alpes, del barrio Belén, al occidente de la ciudad; “concebida con un criterio de agrupación de los alumnos, como medio de aquilatar el espíritu universitario, pues que las concepciones modernas sobre esta materia estiman que es

ello la mejor forma para lograrlo, ya que la dispersión perjudica ese espíritu”.<sup>3</sup> La observación de las sedes de universidades norteamericanas, visitadas por los rectores, fueron determinantes en tanto la definición del principio que el conocimiento debía ir de la mano con la diversión, la biblioteca con los campos deportivos. Un planteamiento urbanístico que partía de una plaza nucleada donde se concentran la biblioteca, los edificios de administración y de medios —revista y emisora— y edificios para doce facultades, dispuestos de manera dispersa pero articulada a ese punto focal, con solo dos pisos, de ahí su desarrollo horizontal. Fue el planteamiento realizado por el grupo de arquitectos conformado por Ariel Escobar Llano, Sonia Gutiérrez Castro, Juan José Posada G., Raúl Fajardo Moreno, César Valencia y Augusto González. La primera etapa fue inaugurada en febrero de 1961, con los edificios para las facultades de Derecho, Economía y Administración Industrial, en los que se destacaba la horizontalidad del conjunto formado por bloques de solo dos pisos, los corredores y espacios en relación con las zonas verdes; además de la economía constructiva, caracterizada por las estructuras de concreto, el uso de prefabricados, los muros en ladrillo, la larga ventanería en aluminio anodizado, la cubierta en teja de barro, entre otros aspectos que son utilizados allí y luego serían retomados en el proyecto del campus de la Universidad de Antioquia, por este mismo equipo de arquitectos, ahora dirigidos por César Valencia,

con la excepción de Sonia Gutiérrez, cuyo lugar ocuparía Edgar J. Isaza, como arquitecto asistente.

## La ciudad universitaria UdeA

En febrero de 1968 comenzaron las actividades académicas en el campus de la que se conoció como la nueva Universidad de Antioquia, aunque la inauguración oficial solo ocurrió el 10 de noviembre de 1969. Pero, como ocurrió con la Universidad Nacional de Colombia en Bogotá en la década de 1930, no se trató simplemente de construir una nueva estructura urbanística y arquitectónica, sino que esta debía corresponder a una nueva estructura académica y administrativa, lo cual fue resumido en el denominado Plan General de Desarrollo. Esto implicó, entre otras cosas, que la Universidad de Antioquia en la década de 1960 pasara de las facultades dispersas en lo físico y aisladas en lo académico, a una con una coordinación central teniendo como eje el Instituto de Estudios Generales, planteado en 1961 y puesto en funcionamiento a partir de 1964, desde donde se coordinaba y orientaba la doctrina universitaria que respondiera a las nuevas demandas sociales y técnicas que vivía la entonces capital industrial de Colombia, con sus paradójicas secuelas de formalidad e informalidad —barrios piratas e invasiones— en el territorio urbano. En correspondencia con esa centralización

La primera etapa fue inaugurada en febrero de 1961, con los edificios para las facultades de Derecho, Economía y Administración Industrial.

y coordinación en lo académico fue la respuesta para el ordenamiento físico de la ciudad universitaria, a partir de la creación de la Oficina de Planeación Universitaria, encargada de formular esa nueva idea de desarrollo integral. Esto condujo al planteamiento de la zonificación general inicial, que se concibió con la biblioteca como centro gravitacional, alrededor del cual giraba un primer anillo de servicios institucionales y académicos como un centro de aprendizaje, paraninfo —grupo de auditorios—, museo, club de estudiantes y rectoría, y después cuatro zonas o cuadrantes, como se les llamaba, definidos para los núcleos de ciencias humanas —sureste—, humanidades —suroeste—, ingenierías —noreste—, y bellas artes —noroeste—; con una zona deportiva en la parte norte, en relación directa con el parque proyectado por la municipalidad, y todo este conjunto rodeado por una arborización para mitigar el impacto de las vías perimetrales. Si bien este planteamiento varió en algunos aspectos, como la construcción del teatro, posteriormente llamado Camilo Torres, a cambio del club planteado, en su mayor parte se mantuvo, teniendo un sentido altamente simbólico el planteamiento de la biblioteca con sus diez mil metros cuadrados como eje o “cerebro principal del programa académico”, como se decía en la prensa, pues “tendrá una nueva concepción, será un centro dinámico de enseñanza y no un lugar pasivo como en su antigua naturaleza”.<sup>4</sup> Desde allí surge la nueva concepción del campus, que se reflejara en otros planteamientos de los espacios arquitectónicos, un logro que se ha

mantenido en el tiempo y se mantiene en la actualidad.

En la definición de la configuración física espacial de la nueva ciudad universitaria se tuvieron en cuenta tanto la nueva estructuración académica e institucional, como también la definición de no hacer un campus dentro de la trama urbana tradicional al remodelar cuatro manzanas del centro, ni el desarrollo por fuera de la ciudad como pretendieron algunos directivos con el ánimo de evitar o controlar los crecientes movimientos estudiantiles y sociales de la década de 1960, sino una que diera continuidad a la estructura urbana. Para el desarrollo de este planteamiento se definió un lote que se había ganado a las rondas del río Medellín, en el proceso de canalización entre el puente de Colombia y la curva de El Mico desarrollado precisamente a principios de esta década de 1960; pero, a pesar de ser un lote de reciente configuración o “recuperación”, como se decía en su momento, estaba en la zona de expansión y consolidación urbana al norte, entre los procesos de oferta institucional como el Hospital San Vicente de Paúl y los aledaños bloques de la Facultad de Medicina; de ofertas de urbanización formal como el barrio Sevilla o desarrollo informal como El Chagualo y Álamos, en relación con la actividad industrial de fábricas como Pepalfa y Fatelares; y de nuevos proyectos como el Parque Norte, formulado como parte del Plan de Parques en 1964, establecido como complemento al entonces denominado Bosque Los Libertadores (hoy Jardín Botánico). Lo que hizo que la ciudadela universitaria fuera una pieza determinante en la estructuración de este sector urbano y tuviese un impacto en términos de los cambios de uso del suelo urbano, tanto en el momento de su construcción, como

posteriormente con el uso a partir de la década de 1970, pese al aislamiento del vecindario con la malla perimetral, pero, sobre todo, a partir de la década de 1990 cuando fue factor fundamental para definir este entorno urbano como un distrito tecnológico.

Los arquitectos a cargo del proyecto de la ciudad universitaria partieron de seis premisas básicas para su propuesta formal: crear un conjunto urbanístico y arquitectónico homogéneo; una integración plástica con los elementos arquitectónicos de la región y el paisaje; disminución de tiempos y costos en la construcción, para diseñar edificios que se pudieran construir en serie; priorizar el uso de materiales de la región; el mayor porcentaje del área construida que se dedicara a la educación; hacer una arquitectura funcional y ejemplo por costos, uso de materiales locales, facilidad de construcción, adaptabilidad de los espacios a los nuevos usos y a los cambios en las técnicas de enseñanza e investigación. Un programa que cumplieron a cabalidad, lo que se refleja en el rigor, austeridad, materialidad, sostenibilidad y coherencia del campus en su desarrollo hasta el presente.

Un primer elemento destacable de la formalización urbanística es que los arquitectos retomaron el planteamiento de pabellones articulados, con los que se dejaron atrás los diseños alrededor de patios centrales o claustros. Los pabellones fueron el desarrollo de las teorías higienistas en los hospitales, luego retomados por la arquitectura escolar bajo el concepto de las denominadas “escuelas al aire libre” de los pedagogos alemanes de principios del siglo XX, las que tenían entre otras características ser tipologías abiertas y extendidas en reemplazo de los claustros, volúmenes simples y geométricos, tendencia al uso



Construcción de El hombre creador de energía y el Museo Universitario.  
Foto: Oficina de planeación UdeA. Tomado de [delaurbe.udea.edu.co](http://delaurbe.udea.edu.co)

de aulas de planta cuadrada, flexibilidad espacial, escala humana dejando de lado lo monumental, y “vínculos más estrechos con el aire libre, a través de la integración con el espacio exterior”, a los que se sumaron criterios arquitectónicos fuertemente influidos por la escuela arquitectónica alemana de La Bauhaus, como bien lo indica la investigadora argentina Daniela Cattaneo,<sup>5</sup> al hacer una reflexión sobre la arquitectura escolar moderna en Argentina, que siguió procesos similares a la colombiana donde también se aplicaron estos principios a partir de la década de 1930 con las reformas liberales, aplicados por los arquitectos del Ministerio de Obras Públicas especialmente en las escuelas normales y de las artes y oficios. Después se haría uso en colegios y universidades, pero pasando de pabellones dispersos a unos articulados mediante calles pavimentadas o corredores cubiertos como ocurrió en el caso de Medellín en colegios como el Jorge Robledo (llamada “la pequeña ciudad universitaria” en 1954), el Liceo Marco Fidel Suárez (1956) y el Liceo Antioqueño (1960).

La gran plaza en el eje sur-norte, desde la portada sobre la tranquila calle Barranquilla —pues para ese momento no era eje vial importante, pues el puente sobre el río Medellín solo se comenzó a construir en mayo de 1972— hasta la zona deportiva, si bien

definía cierta simetría espacial, era dislocada por la disposición de la biblioteca para acentuar en la perspectiva su importancia al disponerse sobre el mismo eje, lo que se reafirmaría con la escultura de Rodrigo Arenas Betancur, “El hombre creador de energía”, con sus dieciocho metros en el centro del espejo de agua contiguo. La plaza distribuye fluidamente, a ambos lados del acceso a dos de los cuadrantes, y luego mediante plazoletas articuladas, salvando con escalinatas la topografía para llegar a los edificios administrativos, a los dos cuadrantes posteriores y la zona deportiva. Y en cada cuadrante los pabellones se articulan de manera diferente, mediante patios, jardines y espacios interiores. Como también son diferentes los pabellones, en tanto los hay poligonales, cuadrados y rectangulares, y estos últimos en distintas proporciones de su longitud. Pese al rigor compositivo hay una fluidez espacial, que permite tanto el recorrido peatonal como la transparencia y la fuga visual, por la forma, disposición y altura de los pabellones, generalmente de tres pisos con la excepción de la biblioteca y la rectoría, cuya acentuada horizontalidad permite la relación con los jardines y la arborización inmediata, como con el paisaje del valle del Aburrá, una de las premisas planteadas por los arquitectos desde el inicio, como se ha dicho.

Pero todo el conjunto tiene una sutil diversidad, aunado por la materialidad y el lenguaje arquitectónico. Los muros de piedra y ladrillo, las estructuras de concreto rústico o abujardado, los acabados grises de concreto a la vista de los distintos prefabricados, las estructuras de madera a la vista en cubiertas de los corredores y de los edificios, y los techos con teja de barro, son parte de esa idea arquitectónica, dentro de la funcionalidad moderna, emparentarle con un lenguaje arquitectónico regional; pero también, desde esa materialidad, hacer

uso de la prefabricación para agilizar el proceso constructivo, bajar costos y tener una arquitectura durable en el tiempo, sin grandes gastos de mantenimiento, lo que se ha demostrado pese a los abusos y tropes vividos al interior del campus. Rigor constructivo, funcionalidad y austeridad, planteado también en el manejo del clima en columnatas, corredores perimetrales, quiebrasoles, en relación con los patios interiores y la arborización para obtener vientos, sombras y temperaturas más benignas sin recurrir a equipos sofisticados. Teniendo en cuenta que la riqueza arbórea no era precisamente un atributo natural de esta zona pantanosa, inundable y de relleno sobre la que se construyó la ciudadela, sino un logro de las plantaciones y jardinería sembrada por años, de ahí su calidad ambiental como para ser declarado Patrimonio Ecológico y Paisajístico de Medellín desde 2009.

Afuera de la nueva ciudad universitaria quedaron edificios de significativas arquitecturas y gran valor histórico como el Paraninfo diseñado por Horacio Marino Rodríguez (1913-1915), la Escuela de Derecho con diseño del arquitecto belga Agustín Goovaerts (1926-1935), la Escuela de Medicina (1929-1935), también de Goovaerts, los cuales de manera afortunada no se demolieron como ocurrió con otros edificios significativos de la ciudad. Por el contrario, se restauraron y se les dio una resignificación urbana para formar parte no solo del inventario patrimonial sino de su cotidianidad; pero, lo interesante, es que este nuevo campus, con otro lenguaje, contemporáneo y austero, no fue inferior en su riqueza espacial y formal al punto de constituirse un hito significativo en el paisaje de Medellín para ser considerado como Bien de Interés Cultural de la Nación en 2013,

que le reconocía su riqueza urbanística y arquitectónica; de ahí que la inclusión de nuevas piezas como el bloque de ingeniería inaugurado en abril de 2007 y el coliseo en 2014, fueran ejercicios de contención e inserción respetuosa en el lenguaje, materialidad, escala y calidades espaciales y formales del conjunto.

Pero, más allá de la consideración patrimonial, está el hecho indiscutible que ese soporte físico espacial coadyuvó a la vida académica desarrollada en cincuenta años, una relación integral pensada desde su concepción inicial por parte de los arquitectos. Pocas arquitecturas tienen esas bondades y de ahí el fracaso de muchas de aquellas y el éxito de esta experiencia concreta. Por lo mismo, lo vivido allí, forma parte indisoluble de la historia contemporánea, con sus conflictos y desencuentros, pero también con sus búsquedas y propuestas que han enriquecido la sociedad colombiana. ■

#### Referencias

- <sup>1</sup> *El Heraldo de Antioquia*, Medellín, 31 de agosto de 1940, p. 3.
- <sup>2</sup> González Escobar, L. F. (2004). *Pedro Nel Gómez: El Maestro. Arquitecto-urbanista-paisajista*, Medellín: Universidad Nacional de Colombia sede Medellín-Facultad de Arquitectura, p. 99.
- <sup>3</sup> *El Correo*, Medellín, núm. 11.601, 10 de febrero de 1960, p. 2.
- <sup>4</sup> *El Correo*, Medellín, núm. 14092, 9 de febrero de 1967, p. 2.
- <sup>5</sup> Cattaneo, D. A. (2015). Arquitectura escolar moderna: interferencias, representación y pedagogía, *Voces y Silencios: Revista Latinoamericana de Educación*, Universidad de los Andes, 6(1) p. 70.

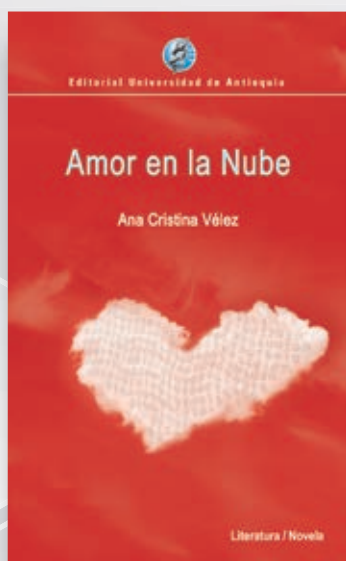


**Luis Fernando González Escobar**

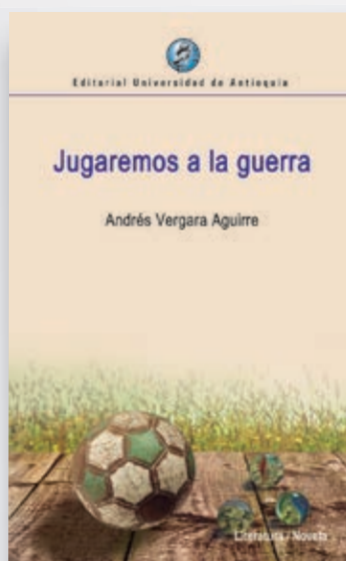
Profesor asociado adscrito a la Escuela del Hábitat, Facultad de Arquitectura, Universidad Nacional de Colombia (sede Medellín).

**Ahora**   
**disponibles en Epub**

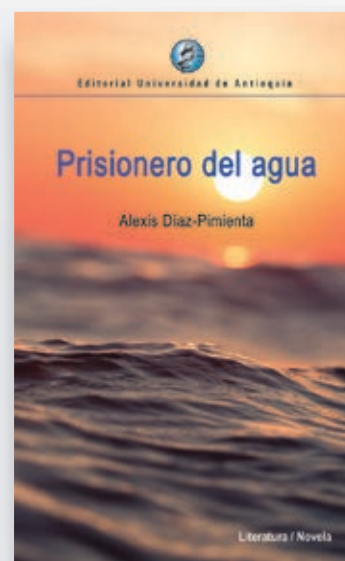
**en:**  
**Amazon.com**  
**Apple iBooks Store**



**Amor en la Nube**  
Ana Cristina Vélez



**Jugaremos a la guerra**  
Andrés Vergara Aguirre



**Prisionero del agua**  
Alexis Díaz-Pimienta



**Editorial**  
**Universidad de Antioquia®**

Correo: [editorial@udea.edu.co](mailto:editorial@udea.edu.co) • Sitio web: <http://editorial.udea.edu.co> • Teléfono: (574) 219 50 10

Redes sociales:

